

# El Centenario de Pinocho

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

Del archivo de Pinocho nos permitimos copiar los siguientes apartes de una carta:

Querido Pinocho:

Tenía siete años cuando leí por vez primera tus Aventuras. No podría decirte cuánto me gustaron ni cuántas veces he vuelto a leerlas desde entonces. La verdad es que en ti, niño, me reconocía a mí mismo; en tu ambiente, mi ambiente.

¡Cuántas veces corrías por el bosque, a través de los campos, por la playa, por las calles! Y contigo corrían la Zorra y el Gato, el perro Medoro, los niños de la batalla de los libros. Parecían mis carreras, mis compañeros, las calles y los campos de mi aldea.

Corrías a ver los carromatos que llegaban a la plaza; también yo. Te quejabas, retorcías la boca, metías la cabeza bajo las sábanas antes de beber la amarga medicina: también yo. La rebanada de pan con mantequilla por los dos lados, el pastel de canela, el azucarillo y, en algunos casos, hasta un huevo, una pera, o incluso sus mondaduras, representaban un manjar delicioso para ti, glotón y hambriento, como estabas; lo mismo me pasaba a mí.

También yo, al ir y venir de la escuela, me veía enzarzado en "batallas"; con bolas de nieve en invierno; a puñetazos y patadas en todas las estaciones del año; unas veces "encajaba"; otras daba, tratando siempre de equilibrar el "haber" con el "debe" y de no lloriquear en casa, donde, si me hubiera quejado, me habrían quizá dado "el resto".

Y ahora has vuelto. Ya no hablas desde las páginas del libro, sino desde la pantalla de la TV. Pero sigues siendo el mismo niño de otro tiempo.

Yo, en cambio, he envejecido. Me encuentro ya, si se puede hablar así, al otro lado de la barricada. Ya no me reconozco en ti, sino en tus consejeros: el maestro Gepeto, Pepito Grillo, el Mirlo, el Papagayo, la Luciérnaga, el Cangrejo, la Marmota.

Todos ellos intentaron —¡ay!, sin éxito, excepto en el caso del Atún— darte consejos para tu vida de niño.

Yo intento dártelos para tu futuro de muchacho y de joven. ¡Mucho cuidado! ¡Ni se te ocurra tirarme a mí también el martillo, porque no estoy dispuesto a acabar como el pobre Pepito Grillo! (1).

Esta carta, escrita en Venecia, la firma Albino Luciani, más conocido con el nombre de **Juan Pablo I.** Tengamos presente que Luciani, el Patriarca de la Laguna, escribía solamente a "Ilustrísimos" personajes: reyes, santos, escritores famosos, unos pocos personajes novelescos y, temblando, una carta al mismo Jesucristo. Y escribió también a Pinocho, para "cuando te enamores". Pinocho no es pues, cualquier pintado en la pared, cuando tiene tan ilustres amigos, que un día fueron niños.

El famoso libro de Collodi, que hizo nuestras delicias en tiempos ya lejanos, está de cumpleaños. Ciento, nada más, que no son muchos si se piensa en la **Divina Comedia**, por ejemplo. Con motivo de este centenario se escribirán doctas y amenas disquisiciones sobre el personaje que, de un simple trozo de palo, pasó a ser un inquieto polichinela de madera, para convertirse luego en un chico de carne y hueso como todos los demás.

Seguramente se han dado diversas interpretaciones de las **Aventuras de Pinocho**. Con esto no se pretende decir que el autor haya pensado al escribirlas, lo que yo pienso al leer su libro.

Pero ahí está precisamente el mérito de la obra. Todo libro escrito por un artista se presta a las más diversas interpretaciones; si no las suscita, quiere decir que es una obra que nació muerta, un libro fósil, petrificado.

He vuelto a leer a Pinocho en este año del centenario de su aparición y tengo mi interpretación personal; veo en el personaje una feliz representación de la parábola evangélica del hijo pródigo, una de las más bellas del Libro Sagrado.

Veamos: Pinocho tiene un padre: Gepeto. Un padre bondadoso que llega al extremo de darle el desayuno que llevaba para sí, de vender su propia casaca para comprarle una cartilla donde aprenda a leer. Pinocho vende la cartilla para ir al teatro de los polichinelas: es la porción de la herencia de la parábola evangélica. Y con esos centavos, que le parecen una fortuna, se va de la casa paterna, **partió a una tierra lejana, y allí disipó toda su hacienda** (S. Lucas, XV, 13). Seguir a Pinocho desde el pobre

---

(1) ALBINO LUCIANI, *Ilustrísimos señores*. Madrid, B.A.C., 1978, págs. 87-88.

taller de Gepeto hasta su regreso, es la maravillosa trama del libro. Toda clase de aventuras, algunas miedosas, otras graciosas, se van sucediendo con la mayor naturalidad. Se ve en peligro de ser azotado por el titiritero Comefuego, para recibir luego de él cinco monedas de oro destinadas a aliviar la pobreza de Gepeto. Los malos consejos de la Zorra y el Gato, la tentación de las riquezas, le hacen perder su dinero. No falta una hada maligna que se burla de los peligros en que se ve envuelto. A Luciani y a mí no nos gusta el "sistema" del hada. Como el hijo pródigo, Pinocho **comenzó a sentir necesidad** (S. Lucas, XV, 14). Sufre cárcel, es atrapado por un campesino que le obliga a hacer de perro guardián en un gallinero. El hijo pródigo se ve en la necesidad de servir a un ciudadano que le mandó a sus campos a apacentar cerdos. Un día, como el muchacho de la parábola siente remordimiento:

He obrado mal rebelándome contra mi padre y escapando de casa... Si mi padre estuviera aquí, ahora no me encontraría muriendo de hambre.

El encuentro con el padre no fue en la casa paterna, como en la parábola, sino en un sitio increíble, en el vientre del tiburón. ¿Recuerda usted el relato evangélico? ¿Cómo el padre pide a sus criados que traigan al hijo pródigo la túnica más rica, que le pongan anillo en el dedo, sandalias en sus pies y cómo organizó aquel festín que suscitó la envidia del hermano. Pinocho sufre una transformación:

al despertar, advirtió que ya no era polichinela de madera, sino que se había convertido en un chico como todos los demás... Porque cuando los chicos, de malos se convierten en buenos, tienen también la virtud de hacer adquirir un aspecto nuevo y sonriente a sus hogares.

Podría decirse con las palabras del texto sagrado: **estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado** (S. Lucas, XV, 32).

\* \* \*

Y ahora, unas notas bibliográficas.

#### I — PINOCHO EN LATIN

**Le Aventure di Pinocchio** han sido traducidas a todas las lenguas vivas, para deleite de los chicos del mundo entero. En tiempos pasados, cuando todavía se estudiaba latín en los semi-

narios y colegios, un profesor italiano, Enrico Maffacini, tuvo la buena idea de traducirlas a la lengua del Lacio. Qué agradable debió ser entrar al conocimiento del latín con las aventuras de este muñeco de palo, más cercano a los niños que **Cimon, Miltiades filius, Atheniensis, duro admodum initio usus est adolescentiae**, de Cornelio Nepote. Y si no, veámoslo:

Fuit quondam...

—¡Rex quidam! —mei parvi subito fortasse dixerint lectores.

—Minime: pueri, erravistis.

Fuit vero quondam ligneum quoddam fragmentum.

En esa forma se va desarrollando el fascinante relato de Collodi, en un buen latín, despertará seguramente el interés del joven estudiante. Tengo a la vista el libro **Pinoculus liber qui inscribitur "Le Aventure di Pinocchio" auctore C. Collodi in latinum sermonem conversus ab Henrico Maffacini**. Terza edizione. Firenze Casa Editrice Marzocco, 1950.

## II — PINOCHO EN BOGOTA

En 1913 los niños bogotanos recibieron un obsequio, un libro en cuya portada se lee: C. COLLODI. **Las aventuras de Pinoquio. Historia de un títere**. Traducida directamente del italiano para "La Tribuna" y editada por Antonio José Restrepo. Ilustrada por E. Mazzanti y G. Esperón. Bogotá, Imprenta de "La Tribuna" editorial, 1913. Para los jóvenes lectores, es bueno recordar que "La Tribuna" fue un periódico vespertino, que comenzó a salir en 1912 bajo la dirección del parlamentario, diplomático, periodista, poeta y literato don Antonio José Restrepo.

El libro, impreso en papel periódico ordinario, va precedido de una nota **Preliminar** del editor. Después de mostrar la importancia de la obra del inmortal Collodi, que con razón se ha llamado el **Quijote** de los niños, agrega Restrepo:

La traducción es tan literal como lo permiten las dos lenguas, conservando en nuestro español todo el sabor especial del texto y aun sus giros y repeticiones, que le prestan su encanto natural narrativo y llevan a la mente infantil, con las imágenes pintorescas y el martilleo de la aliteración, las ideas abstractas de moral y de virtud sembradas en este librito por el cariñoso y profundo filósofo cristiano que tuvo la inspiración de escribirlo.

Notemos de paso que en la versión colombiana se guarda la fonética del italiano: Pinoquio.

Del acierto de la traducción, vaya una muestra. En la traducción española de M. T. Dini, Editorial Calleja, se lee al final del libro:

Y qué contento estoy ahora de haberme transformado en un chico como es debido.

La versión colombiana es más elegante:

¡cómo gozo de verme ahora convertido en un niño de verdad!

Por la mala calidad del papel en que fue impreso el **Pinoquio** colombiano, y por la suerte que suelen correr los libros en manos de los niños, la edición de "La Tribuna" es hoy una curiosidad bibliográfica.

Se ha dicho que la traducción fue hecha por el mismo Antonio José Restrepo. Sin embargo, por una vieja tradición que creo más fidedigna, se atribuye la versión colombiana a la distinguida dama doña Inés Gónima, esposa de don Antonio José. De ella escribió Sanín Cano que fue "mujer de gracia y talento subyugadores, risueña a todas horas, ingeniosa en los dichos y bondadosa en las acciones". Un carácter como para traducir el Pinocho.

Como en las celebraciones centenarias salen a relucir tantas cosas, se ha hablado en nuestros días de la conducta poco ejemplar del autor, el florentino **Carlo Lorenzini** (1826-1890), que escondió su verdadero nombre bajo el seudónimo de **Carlo Collodi**, que ha pasado a la posteridad. Porque me dio horas felices en mi remota niñez, porque he vuelto a leerlo ya en la vejez, con el mismo entusiasmo de niño, he rezado un responso por el eterno descanso del hombre que enriqueció la fantasía de las mentes infantiles en este último siglo. ¡Que Dios lo tenga en su gloria!